

Alfonso Espínola. Una vida ejemplar

1845-1905

En aquellos tiempos Tegüise era la capital de la isla, estando la economía supeditada a la cantidad de lluvia caída. Por lo general el líquido elemento brillaba por su ausencia, con lo que ello suponía de miseria para la población trabajadora.

Uno de los males que azotaban la isla de vez en cuando era la llegada desde África de nubes de langosta, insecto devorador de cuanto verde encontraban donde se posaban. Una de estas plagas tuvo lugar en el año 1844, pero hubo otras más en fechas no especificadas.

A partir del siglo XIX se introduce en Lanzarote la producción de cochinilla, un insecto que se cría en los cactus y que sirve como colorante textil. Comienza un período de esplendor en el que cobra un papel importante el Puerto de Arrecife. La ciudad se convierte en capital de la isla, desplazando así a Tegüise.

En este marco, Alfonso Manuel Tomás de los Dolores Espínola Vega nació en la Villa de Tegüise el 22 de diciembre de 1845, fueron sus padres el organista, escribano y profesor don Melquiades Espínola Bethencourt y doña María Vega, naturales y vecinos de la Villa de Tegüise.

Del matrimonio de don Melquiades y doña María nacieron cinco hijos, tres mujeres y dos varones.

Los Espínola tienen unas características genéticas que se repiten y que los convierten en personajes muy importantes en la historia de Canarias, como son, la inteligencia, el sentido del humor, la modestia, la gran afición por la música y por el arte en general, buenos dibujantes y pintores, poetas y una cierta inclinación a la bohemia.

Entre ellos, dos mujeres del siglo XIX, adelantadas a su tiempo y que destacaron por su nivel artístico. Se trata de las hermanas Francisca y María Rosa Spínola Bethencourt, que vivieron en una familia de artistas lanzaroteños. También sobresalieron sus hermanos Francisco (imaginero), Domingo (escultor y pintor) y Manuel y Melquíades (músicos), lo que nos permite tener una idea del ambiente en el que ambas se educaron.

Francisca fue la artista más destacada de la familia. En compañía de su hermana viajó a Génova desde donde se trajo cuadros italianos y cuya experiencia debió dejar impronta en sus conocimientos.

El recorrido artístico de su hermana Rosa María Spínola fue menor aunque ésta ampliase sus inquietudes artísticas tanto al mundo de la pintura como el de la escultura. A ella se le reconoce la autoría del lienzo del Corazón de Jesús, colocado en 1863 en la iglesia de Guadalupe en el retablo del mismo nombre.

No fueron las únicas mujeres con inquietudes artísticas de esta familia. La hermana mayor de ambas, Dominga, escribió varias obras de teatro como Los compadres de Rubicón o El Hallazgo. Toda una saga de mujeres polifacéticas en un mundo dominado por el hombre.

D. Melquiades, para cubrir las necesidades económicas y la educación de sus hijos, ayudado por su amigo Alfonso Gourié, se traslada a Las Palmas de Gran Canaria junto a su hijo mayor, también llamado Melquiades, donde trabajó como escribano y profesor de música en el colegio de San Agustín, sustituyendo a Lentini, dada su condición de organista.

También Néstor Álamo, en su libro El Gabinete Literario 1844-1944. Crónica de un siglo, se refiere a don Melquiades como directivo en el Gabinete Literario en el área de música.

Era un hombre de desbordada generosidad. Se cuenta que una mañana que había agotado el dinero que daba a los pobres, se desprendió de su camisa y la entregó a un pobre hombre aterido de frío.

La tragedia surgió con la epidemia de cólera morbo de 1851, con una cifra de unos 7000 muertos, como relata el doctor Bosch Millares, donde casi toda la población dejó la ciudad huyendo a los campos, y sólo quedaron los héroes, los valientes. Don Melquiades se puso al frente del hospital, improvisado en una casucha que, por el beneficiado de la Catedral don Cristóbal Caballero González, se instaló en el barrio de San José para atender a los enfermos que caían en las calles sin asistencia. En dicho centro, sin remedios, auxilió a manos llenas a tantos desvalidos afectados por el mal, hasta que contagiado de la enfermedad murió.

Por su destacada actuación como profesor y su gran labor humanitaria fue enterrado en el jardín del centro de enseñanza que, por entonces, estaba instalado en lo que fue convento de San Agustín y actualmente Audiencia Territorial.

A su muerte Alfonso tenía cinco años y junto a su madre y hermanos regresa a Lanzarote.

Don Alfonso Gourié, ilustre ciudadano francés, muy amigo del difunto Melquiades, conector de la precariedad en la que había quedado la familia Espínola, se hizo cargo de la educación de sus dos hijos varones.

Cuando comenzó en el colegio de San Agustín, Alfonso tenía siete años y pronto sobresalió en sus estudios, sobre todo en el área de las matemáticas, donde reveló excepcionales dotes. Hecho que quedó demostrado en la prueba

a la que sometió Humboldt, que en aquellas fechas se encontraba en Canarias realizando estudios orográficos. Cuentan que sabedor, por terceras personas, de la precocidad de Alfonso le preguntó por la altura de un determinado pico montañoso. En un principio, Alfonso pensó que era una broma, pero ante la insistencia de Humboldt observó la montaña durante unos momentos y a los pocos minutos señaló la altura. Comprobada por Humboldt, se había equivocado en menos de 10 metros. Entre sus compañeros se encontraba Benito Pérez Galdós, quién siempre habló con afecto de sus condiciones

A los doce años terminó sus estudios en el colegio, obteniendo en todos sus exámenes la máxima nota con especiales felicitaciones, regresando a Tegui se donde vivía su madre.

Quiso ser marinero para ampliar horizontes, pero su benefactor y profesores le inclinaron hacia las humanidades.

A los cuatro años de la obtención de su título de bachiller regresó a las Palmas de Gran Canaria, a instancias de su benefactor, para iniciar los estudios de medicina. Primero fue a Sevilla y posteriormente a Cádiz, donde cursó su carrera en cinco años, aprovechando la oportunidad de poder cursar dos años en uno, obteniendo excelentes calificaciones, destacándose entre sus compañeros por su talento, al extremo de haber sido llamado a consulta por sus profesores en diversas ocasiones y siguiendo éstos sus consejos con éxito.

Tenía un carácter equilibrado, un espíritu ecuánime y una humildad sinceramente sentida, por lo que jamás despertó envidias ni enemistades entre sus compañeros, que más adelante serían los voceros de su valía intelectual en la República Oriental del Uruguay, principalmente los doctores Luís Tardío, Baldomero Cuenca, Lorenzo Cabello y Antonio Serratosa.

Su labor en la Facultad de Medicina fue calificada de sobresaliente, obteniendo el 15 de julio de 1869 el título de médico. Regresó a la Villa de Tegui se abriendo su consulta en la casa en la que había nacido y vivido sus primeros años.

En Tegui se comenzó a forjar sus ilusiones para labrarse un porvenir, despertándose en él un gran amor por las artes, herencia de sus ascendientes y familiares. Aprendió a tocar el violín, el piano, la guitarra y la flauta con gran facilidad gracias a los conocimientos de Teoría de la Música que había obtenido en el colegio, lo que le permitió componer canciones y bailables. Participando como actor y director en el teatro, situado en el antiguo Hospital del Espíritu Santo.

Otra de sus distracciones, siempre que sus ocupaciones se lo permitían, consistía en acudir, por las tardes, a chalar con sus vecinos en el banco de piedra, de la denominada “cilla”.

En aquella época, la juventud de Teguise y de otros municipios tenía por costumbre reunirse después de la misa en las casas de la Villa para hacer sociedad, en agradables conciertos y amenas charlas. En ellas se bailaba, se hablaba, se hacían juegos de prendas y antes de despedirse, una de las asistentes, señalada de antemano en la reunión anterior, se sentaba al piano para interpretar una pieza que había de ser nueva y por lo tanto escuchada por primera vez.

Entre los concurrentes se encontraba con asiduidad Rosalía Espínola Aldana, que destacaba por su simpatía y don de gentes. Estaba ligada a Alfonso por lazos de parentesco, eran primos hermanos, y sentía, además, afición por la música.

Entre ambos, se estableció una corriente de atracción que se hizo manifiesta cuando los reunidos se dieron cuenta de que Rosalía, una vez finalizada la pieza musical establecida, se sentaba al piano y repetía la que fue escuchada el día anterior, con gran sorpresa de todos, ya que no llegaban a concebir como podía ser repetida una obra de la que no existía sino un solo ejemplar en la Villa.

El misterio quedó aclarado cuando se supo que Alfonso, haciendo alarde de sus conocimientos musicales, copiaba la que estaba escrita y se la entregaba a Rosalía.

Esa preferencia hecha visible por Alfonso se tradujo más tarde en noviazgo y posteriormente en boda, y al cumplir los 18 años Rosalía y 26 Alfonso, contrajeron matrimonio en la Parroquia Mayor de Santa María de Guadalupe.

En su villa natal estuvo ejerciendo la profesión durante ocho años, tiempo en el que atendió con el mayor celo e interés a cuantas personas requirieron sus servicios médicos, sin mirar las distancias ni la hora en que se presentaban. A este propósito, si los caminos que separaban el pueblo de los domicilios eran largos, recurría como vehículo de transporte al dromedario, animal abundante en la isla.

Un día, requerido con urgencia para atender a un paciente, se encontró con que el único ejemplar del que podía disponer estaba en la época de celo, y por consiguiente corría el peligro de que el animal lo echase a tierra para golpearlo hasta matarlo con el callo que posee en el pecho, pues en este estado el dromedario es presa de gran excitación. El camellero insistía en que no debía montarlo, pero como su deber era superior al peligro, se llenó los bolsillos de cigarros habanos, aturdiendo con el humo los sentidos del dromedario y así poder llegar al punto de destino.

Alfonso Espínola era hombre fuerte, ágil, de cabellera espesa y bigote caído, de gran desarrollo muscular y amante apasionado de la lucha. Tenía por

costumbre madrugar y comenzar sus visitas antes de salir el sol y si hacía frío y el enfermo vivía a gran distancia, corría sin parar hasta entrar en calor.

Trepaba por las montañas y escalaba peñascos cortados a pico sobre el mar, como lo hicieron nuestros primitivos pobladores. Sin miedo al abismo, ya que muchas veces atendió a los recogedores de orchilla (se extrae un colorante natural, orceína) que quedaban colgados de las partes más salientes de las rocas o caían heridos al mar o a los barrancos.

Durante los ocho años de su estancia en la Villa de Tegui se fue su médico Titular, prodigando a manos llenas la caridad, dejando monedas debajo de las almohadas de los enfermos o regalándoles animales para su sustento.

Una noche fría y ventosa, fue llamado con urgencia para asistir a una mujer en el pueblo de San Bartolomé, situado a unos 10 Km. de Tegui se. No disponiendo en aquel momento de medios de transporte, caminó, corrió, soportando la lluvia. Cuando llegó a la casa de la paciente estaba aterido, temblando y empapado de agua y lodo.

Pasó varias horas junto al lecho de la parturienta y cuando comenzó a amanecer había salvado dos vidas: la de la madre y la del bebé. Don Alfonso, con gran satisfacción abandonó la casa dispuesto a regresar por el mismo camino.

Entretenido en sus pensamientos, sintió muy cerca los pasos de un hombre que se le aproximaba, y cuando miró reconoció al esposo de la mujer que acaba de atender, que le dijo: "Don Alfonso, un momento. Mire estos dos duros que se le cayeron sobre la cama". "A lo que respondió: "Está usted equivocado, eso o es mío". El hombre le replicó: "Tienen que ser de usted, pues en mi casa no teníamos una peseta y allí no ha entrado otra persona que usted".

La logia lanzaroteña, denominada Atlántida fue fundada, entre otros, por Blas Cabrera Topham, José Merino y Alfonso Espínola, figurando este último con el cargo de Orador. El cometido del Orador consiste en actuar como fiscal en el desarrollo de una reunión y como cuidador de la Ley Masónica. Su distintivo o joya simbólica es un libro abierto sobre el cual está escrita la palabra LEY. En los comienzos de la Masonería especulativa, año 1717, en las logias no existía el cargo de Orador; éste fue creado posteriormente por las logias francesas a principios del siglo XVIII.

Compartiendo sus penas y alegrías con su compañera fueron los ocho años de actividad profesional en la tierra isleña, enseñanza emocionante del ejemplo permanente, que iba curando al enfermo, enseñando al ignorante, alentando al débil y acercándose al hombre para crear en él la conciencia de la importancia de su trabajo y del derecho como contribuyente al bienestar de la comunidad social.

De todo ello, podemos deducir que nuestro médico fue un demócrata ferviente y justo, siendo muy posible que en esta manera de pensar encontremos la razón de su exilio en la República Oriental del Uruguay, como opositor al régimen de la restauración borbónica, tras la caída de la Primera República Española. El enemigo visible era Fernando de León y Castillo, aspirante a la Diputación a Cortes e influyente ministro de Ultramar de Alfonso XII, y antiguo compañero de clases en el colegio de Las Palmas de Gran Canaria, quien le solicita que interponga su ascendiente de médico entre las gentes que atiende para salir diputado a cortes por la circunscripción. Espínola se niega y comienzan a ponerle obstáculos en el camino.

Al parecer, tomó esta decisión por sus ideas republicanas y sufrió persecuciones, a las que no estaba acostumbrado, y como para Alfonso la vieja sentencia latina: *"No amemos solamente de palabra y con la lengua, sino con la obra y en verdad"* era oráculo en su vida, resolvió dejar su isla, su país y marchar en busca del Nuevo Mundo.

El 3 de junio de 1878, con 32 años, llega Alfonso Espínola a la República Oriental del Uruguay con su mujer y sus tres hijos, siguiendo el ejemplo de su compañero el doctor Baldomero Cuenca y Arias, quien presintiendo que su ex-condiscípulo debió de llegar escaso de caudales, le prestó 200 pesos para la revalidación del título.

En una de las tertulias de intelectuales que se celebraban en la Librería Barreiro, el mismo mes en el que Espínola llegó a Uruguay, se encontraba el doctor Antonio Serratosa, médico español establecido en ese país, quien sorprendido al ver a Alfonso le dice: "¿Es usted el famoso Espínola, de quién oí tantas referencias en la Facultad de Medicina de Cádiz, cuando yo estudiaba allí?", a lo que Alfonso, sencillo pero vivaz, le replicó: "De famoso no tengo nada, pero en Cádiz sólo había un Espínola y ese era yo".

Al establecerse en Montevideo se le ofrecía un brillante porvenir, pues las noticias que de su competencia dieron los compañeros que le precedieron en tierras americanas, hicieron crear en su entorno una atmósfera de respeto que le atrajo una gran clientela.

Espínola se extasiaba ante la ciudad de altos y elegantes edificios, trazados conforme a un criterio arquitectónico de gran estilo, añorando las casas de un piso y las calles empedradas de su isla.

Pero a pesar de los halagos que le prodigaron sus compañeros y amigos, su alma más sensible al juicio de su propia conciencia que al rumor de externas alabanzas, le condujo a un escenario más humilde, más necesitado de su ciencia que de su fama, dejando asombrados a sus colegas y amigos cuando les dijo: *"En Montevideo no hago falta, pues hay muchos médicos. Me voy a Las Piedras que no tiene ninguno"*.

Se estableció en los terrenos de doña Petrona Nieves, donados a unas familias asturianas, a las que luego se agregaron canarios y gallegos.

Pueblo de unas nueve mil personas, situado a 20 kilómetros de la capital, al que arribó con su mujer y sus tres hijos. Cuando Alfonso se estableció, la ciudad adquiriría su mayor expansión.

De su vida médica, en su nueva residencia, que duró cuatro años, hay que destacar la magnífica campaña asistencial que realizó durante la epidemia de viruela que asoló a la ciudad de Las Piedras porque sus habitantes temían y rechazaban la vacuna.

Siendo el único médico del pueblo, su trabajo fue abrumador hasta el punto de que muchas veces el mediodía le sorprendía en los suburbios de la población, y por no perder ni un minuto del tiempo que necesitaba para sus enfermos, pedía un poco de pan y queso en la primera tienda que encontraba, que ingería con los pies en un baño de agua caliente para proseguir su camino atendiendo a los enfermos.

En el período más intenso trabajó 15 días con sus noches. Se le podía encontrar sentado en un sillón, debajo de tres higueras que formaban un techo al juntarse sus ramas.

Era el punto equidistante de los principales focos de la epidemia, donde continuamente iban a buscarlo. Y él cortaba el sueño para llevar el auxilio de la ciencia a las casa de los pobres o donde quiera que se le solicitara.

Los pies se les hinchaban de tal modo con aquel batallar sobrehumano, que sólo podía calzarse unas zapatillas. Dos vecinos, Pilar Cabrera y Valentín Araquistain, se turnaban junto a las higueras para anotar los llamados nocturnos en tanto el médico estaba ausente.

Este hecho quedó reflejado en el óleo pintado por Dña. Ángela B. de Hernández que lleva el título "Históricas higueras", conservado en el Museo Histórico Nacional.

La viruela pasó por la población sin que aumentara apreciablemente el número de enfermos, y, durante ella, Alfonso puso en práctica un procedimiento terapéutico con el que consiguió que no quedaran en la cara de los pacientes las huellas que suele dejar esta enfermedad.

Tenía una fuerza extraordinaria que le permitía cargar un enfermo con toda facilidad, cualquiera que fuese su peso. Sus dedos, que parecían blandos si acariciaba a un niño, eran de acero cuando tomaba el bisturí.

En una ocasión, sufrió el tormento de una muela y apresándola entre las yemas del pulgar y del índice se la arrancó como si se hubiera servido de las pinzas de un dentista.

Cuando había un enfermo desahuciado, Espínola preguntaba a sus colegas: "¿Han agotado todos sus recursos?". Y ante a la afirmación, decíales sin petulancia, pero con honrada firmeza: "Bueno, ahora vamos a ver si tengo suerte empleando mis recursos".

En cierta ocasión atendió a un coterráneo. Resultó una asistencia larga. Cuando el canario, ya en perfecto estado, fue a preguntarle cuanto le debía, el doctor Espínola que, como todas las grandes almas tenía el candor de un niño, le dijo con aquel tono ingenuo, que era su encanto: "Lo suyo se cobró por adelantado. Usted no sabe los higos que arranqué siendo muchacho a las higueras que tenía su padre en nuestra Villa".

Un estanciero, gravemente enfermo, estuvo en manos de muchos médicos en Montevideo, sin lograr mejorar. Le convencieron relatándole las curas del Dr. Espínola para que fuese a su consultorio de Las Piedras. Del consultorio marchó a la botica, donde le dieron el medicamento prescrito. Al salir expresó su desencanto a los amigos: "¿A qué me han traído aquí?. Llevo gastados ríos de plata, ¿y ahora me van a curar con un remedio que me ha costado cuatro reales?. La respuesta fue: "¡Tómelo, que usted no sabe las curas que hace ese hombre!"

Siguió los consejos y se curó. Con la consiguiente satisfacción fue a la casa de Espínola para pagar su cuenta. El médico, que lo recibió con afecto, exclamó ¡Cuánto dinero!, al ver como el cliente volcaba su cinto sobre la pobre mesa de trabajo, donde rodaban una porción de monedas de oro que el estanciero apiló al tiempo que decía: "Todo esto es para usted".

Espínola tomó delicadamente una sola moneda y le replicó: "Con esto alcanza. Yo no he ganado más", pero poco importó que el otro dijera que fue a Las Piedras sintiendo ya la muerte, desesperanzado, y es que Espínola era irreductible.

El caso de las monedas de oro (moneda que circula en la época) se repitió con otro cliente, según lo referido por Sánchez Bombín. Un viejo español, después de una larga estancia en el "Hotel Francés", le mandó un áureo montoncito de cóndores chilenos y Espínola que había realizado dos curas que se repuntaban como milagrosas, la del señor Domingo Fernández y la del estanciero Sánchez, conocido como "El Pescador", juntaron su agradecimiento.

Así, Fernández compró una "victoria" y Sánchez le puso los caballos, enviando el regalo a Espínola. Pero el cochero regresó con un "Dice que no lo acepta". Reflexionaron los otros y le recomendaron al auriga: "Vuelva a la casa del

doctor y deje en la puerta el coche con los caballos maneados". Fue así como el doctor Espínola tuvo al fin coche. Pero pasado algo más de un año paró el vehículo porque el dinero que admitía recibir no llegaba para pagar al cochero.

Tenía un escrúpulo natural y respetable para admitir dinero, pudiéndose hacer eco del dicho uruguayo: "cuando trabajo y me pagan, cómo me achico, cuando trabajo y no me pagan, cómo me agrando".

Un día llegó a sus oídos la noticia de que dos médicos jóvenes no se decidían a establecerse en Las Piedras ante el temor de que les faltara clientela. Comprendiendo Espínola que un solo médico no era suficiente y que si los jóvenes desistían podía el pueblo resentirse de la asistencia médica en un futuro, decidió abandonarlo para establecerse en otro de mayor importancia, San José de Mayo, situado también a poca distancia de Montevideo, a unos 95 Km.

Los pedrenses, creyendo que su alejamiento era por problemas económicos, nombraron una comisión para ofrecerle 200 pesos mensuales y libertad absoluta para cobrar honorarios, pero Alfonso prefirió continuar con su vida precaria y se estableció en San José de Mayo, centro importante por su industria agrícola y ganadera, contando con un liceo de segunda enseñanza, numerosas escuelas públicas, biblioteca y varias sociedades deportivas y benéficas.

En su nueva residencia, fácil le fue darse a conocer entre sus convecinos ya que su fama médica, labrada en la ciudad de Las Piedras, había traspasado sus linderos.

Durante los dos primeros años, su trabajo transcurrió en un ambiente tranquilo, pero pasado dicho tiempo, azotó a la ciudad una epidemia de viruela tan terrible como la que se había padecido antes en Las Piedras. Sobra decir que desplegó en ella el mismo sacrificio y generoso desinterés, hasta el punto de que, estando de visita en la ciudad para enterarse de sus necesidades, el Presidente de la República, General don Máximo Santos, convocó a una reunión a los seis médicos y a algunos vecinos que se había constituido en Comisión de Beneficencia, felicitando a Alfonso y ofreciéndole el cargo de Médico Mayor del Ejército, puesto que no aceptó por entender que hacía más falta en San José de Mayo.

Por esta campaña fue condecorado con la Orden Humanitaria de París y, más tarde, por el Gobierno de Italia, con la Orden de los Caballeros Salvadores de los Alpes Marítimos. Condecoraciones que utilizaba en su consultorio, a falta de juguetes, cuando un niño lloraba.

Todo el pueblo tenía conocimiento de la pobreza de su hogar y se admiraba del poco interés que ponía en el cobro de sus honorarios, hasta el punto de que

preocupados por tal hecho, los vecinos le ofrecieron una póliza de seguro de vida, para que a su muerte quedara a salvo la situación económica de la familia. Demás está decir que denegó la oferta alegando que más falta hacía su importe a los enfermos menesterosos.

En 1886 el mismo Presidente de la República, General don Máximo Santos, al que antes nos hemos referido, conocedor de los méritos del Dr. Espínola, le nombró médico del lazareto de la Isla de Flores, ubicado en una plataforma volada sobre las aguas del río.

Y atendiendo a las razones de la alta Magistratura de la Nación aceptó el cargo, único que cobró en su vida, por espacio de dos años. Durante ellos realizó una labor profundamente sanitaria que le tuvo alejado del ejercicio diario, porque su honradez le declaraba incompatible con cualquiera otra actividad distinta de su deber.

Con las pestes, el lazareto se llenaba de gente a la que se le imponía cuarentena. Los artistas de teatro querían rendirlo con sus gracias, para que no les fumigara los vestidos, pero el Dr. Espínola no nunca permitió que por una contemplación gentil, se propagara un mal epidémico en el Uruguay que tanto amaba.

En cierta ocasión desembarcó en la isla, un rico armador alemán, en estado muy grave. El hombre hablaba a cada paso de su familia y Espínola le llevaba a sus hijos pequeños para que no se sintiera tan solo. Falleció el hombre a pesar de la asistencia que le prodigó Alfonso.

Enterada la viuda de su conducta, le envió desde Alemania, dos mil pesos, por medio del Jefe de Sanidad, Dr. Herrera y Salas, una suma de dinero que el Dr. Espínola rechazó alegando que no podía recibir más emolumentos que los que percibía del Estado.

No obstante, el doctor Herrera visitó a su esposa Rosalía, quien le atajo con un “yo no puedo tomar lo que Alfonso rehúsa aceptar” y sin hacer caso de la consideración de ésta, dejó el dinero sobre la mesa y allí quedó hasta que en el primer viaje que Espínola hizo a San José de Mayo, se lo devolvió al Jefe de Sanidad. Resolución que dio lugar a la ruptura de relaciones entre ambos médicos.

Desde su llegada a San José de Mayo fue nombrado médico honorario del hospital, dándose el caso, en muchas ocasiones, de que no teniendo el suficiente espacio para atender a los enfermos, les abría las puertas de su casa, con notorio peligro para su familia, ya que a veces los enfermos eran contagiosos. De esta manera llegó a acoger hasta nueve pacientes, a los cuales asistía en unión de su esposa e hijos, facilitando alimento y medicinas, amén de las sábanas que Rosalía lavaba para que siempre estuvieran limpias.

La casa se convirtió en un sanatorio gratuito, hasta el punto de que si estando todas las camas ocupadas llamaba a sus puertas un enfermo, le habilitaba un colchón en el suelo, como en el caso de un hombre afecto de pulmonía y que Alfonso temía podía morir si regresaba al campo, teniendo en cuenta que el paciente tenía siete hijos y era el sostén de la familia, o incluso cedía su propio lecho, como cuando llegó un herido grave a media noche. Además su habitación quedaba siempre abierta e iluminada, para que los que requerían sus auxilios llamaran directamente a su dormitorio, a fin de evitar una pérdida de tiempo que pudiera resultar fatal.

Siete camas llegó a tener instaladas en su domicilio de San José y con los lechos ocupados y ante la llegada de niños, Alfonso hacía pequeños catres juntando sillas.

Tenía una tendencia natural a ver en todas partes dificultades, menos en su casa, donde creía que podía haber de todo para regalar, como aquel puchero hecho en grandes cantidades, porque cada vez que Alfonso veía a un pobre ser en el consultorio, cayéndose de debilidad, ya estaba reclamando a sus familiares: "A ver chiquilinas, refiriéndose a sus hijas, si se le puede dar alguna cosa".

Era frecuente ver a personas que se paraban con un plato vacío a la puerta de su casa, entonces Alfonso llamaba a su esposa: "Rosalía, haz el favor de venir con la olla". En la casa de los Espínola se gastaba en pocas cosas, pero el puchero se hacía abundante, pensando, no en los de casa, sino en los desvalidos.

De esta manera daba a los pobres medicinas y alimentos y, si no lo tenían dinero. Y cuando la pobreza del cliente no le permitía alimentarse, Alfonso reunía a todos sus hijos para explicarles el caso y conseguir que le llevaran la comida reservada para ellos.

Meditemos lo que esto significaría para una familia de tan escasos recursos donde Rosalía tenía que coser para las tiendas a fin de solventar los gastos del hogar.

Por todo ello, fue denominado "Precursor de la Asistencia Pública en el Uruguay", "Padre de los Pobres", "Mártir de su profesión" y "Benefactor de la Humanidad".

En 1889 fundó, junto al Dr. Jaime Garán, el Laboratorio Microbiológico Antirrábico, el primero en Sudamérica, que denominó Dr. Ferrán, en honor al ilustre médico y bacteriólogo español, descubridor de una vacuna contra el cólera y otras vacunas contra el tifus y la tuberculosis, que le proporcionó el virus necesario para iniciar sus experimentos.

Esta institución adquirió tal relevancia que el ministro de Francia Mr. Burcier Saint Chafrey, en una visita que realizó a la República, quedó tan impresionado con la labor desarrollada por Espínola, que sin pérdida de tiempo lo puso en contacto con Pasteur, lo que dio origen a una incesante correspondencia científica, que fue interrumpida cuando Alfonso se vio obligado a cerrar el laboratorio por falta de recursos.

Alfonso Espínola no tenía coche y cuando tenía que salir al campo para visitar a algún enfermo, solicitaba los servicios de Parmentier, un viejecito vasco-francés, que tenía un coche de alquiler.

En cierta ocasión, según relató Parmentier, salieron de la ciudad de madrugada, llegando a la casa del paciente al promediar la mañana. Terminada la visita regresaron después del mediodía. Al pasar por un almacén le comentó Espínola al cochero que si tuvieran dinero podrían almorzar.

El cochero le replicó: " Usted tiene doctor, revise sus bolsillos". Lo hizo y asombrado con los billetes en la mano, exclamó: " ¿Y esto?. A lo que el cochero le aclaró: "Cuando usted salía del rancho, acompañado de aquellos hombres que le rodeaban, uno de ellos, con disimulo, le introdujo el dinero en su bolsillo". "¡Ah!, que barbaridad ha hecho esa gente. Van a necesitar ese dinero. Volvamos". "Pero doctor, vamos a desandar tantas leguas, además ese dinero es suyo, lo que ha ganado con su trabajo". Espínola, enérgico y decidido dijo a Parmentier: " No podemos seguir, vamos a dar la vuelta". Volvimos a la casa del enfermo a entregar el dinero. Satisfecho con su implacable conciencia, volvieron ya de noche y sin comer.

En otra ocasión visitó a la familia de don Federico Laca y después del examen, siendo acompañado por la dueña de la casa hasta el portal, se vieron sorprendidos por una brutal lluvia. La señora le ofreció un paraguas. Alfonso, al principio rehusó el ofrecimiento, pero después de tanto insistir, lo aceptó.

La señora de Laca entró en su casa llena de satisfacción porque por una vez había doblegado el fuerte carácter de Espínola. Al rato, apareció la sirvienta apenada, porque había visto al doctor Espínola calado hasta los huesos, guareciéndose en el hueco del marco de una puerta. Le había dejado el paraguas a una viejita limosnera, la primera persona que encontró por la calle sin algo para protegerse de la lluvia.

Pasaba horas junto al lecho de sus semejantes, pobres o ricos, y no sólo no cobraba o cobraba poco, sino que muchas veces lo que cobraba lo daba.

Cuando algún amigo o familiar le echaba en cara que se diese a su profesión con tanta generosidad, Espínola respondía: " Si ustedes vieran lo que yo veo, procederían de igual modo", y apoyado en su tosco bastón recorría las calles

en busca de los enfermos más necesitados, como un viejo patriarca que se complaciera en el regusto de las difíciles disciplinas del deber.

Si se le decía que en su casa había pobreza, el argüía que había lo necesario. Si se le advertía que era padre de familia, el respondía: " En la vida todos tenemos que trabajar. Ellos trabajarán también".

Cuando tenía un enfermo grave e iba a visitarlo a altas horas de la noche, para no alarmarlo, disimulaba diciendo: "Pasaba por aquí, de vuelta de un llamado, y vi luz prendida y entré para descansar".

A una jovencita presa de un gran miedo, aterrada con la idea de la muerte, pues se sentía muy mal, la calmó cogiendo la guitarra y poniéndose a tocar, con cara alegre, graciosos aires españoles, con lo que la muchacha comentó a su madre: "Si yo estuviera grave, el doctor no habría tenido humor para ponerse a tocar la guitarra como lo hizo. ¿No es cierto?".

Su fama se extendió de tal modo, que le llegaban enfermos, dados por perdidos, desde Río de Janeiro y Buenos Aires.

Filósofo, gran animador cultural y pedagogo, comprometido con su tiempo en la educación de los jóvenes, con carácter altruista enseñaba de todo, y robándole tiempo a su profesión ejerció como profesor en el Centro de Instrucción de 2ª Enseñanza de San José de Mayo, impartiendo clases de historia, de filosofía, de idiomas, de astronomía, de matemáticas, de literatura, e incluso de medicina en su hogar.

Era un orador vibrante, que en sus arengas despertaba el entusiasmo del auditorio. Cuentan las crónicas que, en San José de Mayo, un 14 de julio se le escuchó una improvisación sobre la Revolución Francesa, digna de un generoso espíritu liberal que lo arrancara de su patria.

Fue el prototipo del caballero demócrata y un gran amigo del pueblo. Sus eruditas, brillantes y profundas alocuciones en las tribunas fueron sostenidas y reafirmadas con sus actos, sin una sola claudicación.

Fue un predicador incansable del optimismo y la esperanza. En la celebración de las fiestas importantes se solicitaba su concurso. Le pedían que hablara en público.

Con voz agradable y bien timbrada se iba elevando, haciéndose fuego. Improvisaba con el entusiasmo que le inspiraban las grandes causas, una concisa, profunda, elocuente y encendida oración, haciendo vibrar a la multitud que estallaba en nutridos aplausos y vivas clamorosos.

Despertaba la conciencia, enseñaba a los hombres a ser limpios de corazón, desprendidos de ambiciones impuras, heroicos de acción, libres de maldad,

respetuosos con sus semejantes, para reunirse en una sola familia, la familia humana, por el único e indestructible lazo que puede acercarlos: el amor.

Creía como Montesquieu, que el fundamento de la república no podía ser otro sino la virtud para subsistir. Por esto quería a todos virtuosos, declarando: No quiero privilegios de extranjeros, sino responsabilidades de ciudadano”, motivo por el que tomó la nacionalidad uruguaya.

También destacó como caricaturista, habilidad que sólo desplegaba cuando en el mármol de la mesa dejaba la imagen de algunos contertulios que acudían retrasados a la reunión.

El deber era el camino por donde conducía sus acciones de hombre de bien. Fue humilde y caritativo, pudo ser poderoso y prefirió vivir en la oscuridad de una vida precaria, atendiendo con idéntica solicitud al pobre como al rico.

Al menesteroso le decía siempre: *Espera*

Al humilde: *Ten firmeza en la virtud*

Al escéptico: *Ten fe*

Al hombre de pensamiento: *Reflexiona*

Al filósofo: *Se justo*

Con estas guías que le hacían caminar hacia la máxima eficacia social, fue minándose poco a poco su existencia. Hasta que una enfermedad del corazón le postró en la cama. Y aún en ella, no pudo permanecer silencioso a las voces de angustia que a su bondad y competencia acudían.

Era 19 de julio de 1905, al caer la tarde, una mujer solicitaba los servicios del Dr. Espínola para su marido enfermo. Se le informó de que don Alfonso estaba grave, en cama, y como el enfermo pertenecía a las fuerzas del orden, podía recurrir al médico de la policía.

Al rato, volvió la mujer llorando porque no podía encontrar al médico y su marido estaba muy mal. Enterado don Alfonso, pidió la ropa para acudir al llamado. Fue en vano querer disuadirlo de su propósito y ya de pie, mirando con asombro a su señora e hijos, les dijo: “¿Pero ustedes me piden a mí, a mí me piden que yo deje morir a un hombre?”.

Y marchó con la mujer que lo aguardaba llorando. A su regreso, a las cinco de la tarde, ya sin fuerzas, no pudo traspasar el umbral de su casa. Su hija María lo tuvo que sostener y ente todos lo metieron a la cama, exhausto, sin quejarse.

Unas horas después, al día siguiente, 20 de julio, a las tres de la mañana dejó de existir. Aún no había cumplido los 60 años.

La familia, siempre con pocos recursos, solicitó un entierro de tercera, que apenas podía pagar, pero los dueños de la empresa funeraria Casariego y Corrége, realizaron un entierro de primera, que fue cobrado como de tercera. Era su homenaje.

Toda la población de San José de Mayo se adhirió de uno u otro modo al duelo de la familia. La ciudad sufrió una gran conmoción. Las gentes se agrupaban frente a la casa, para luego seguir al féretro, reflejando la más honda pesadumbre.

Los obreros, que no estaban agremiados en la época, solicitaron disponer de dos horas para formar parte del cortejo fúnebre de Espínola, que en San José de Mayo era señalado como “un Dios que anda sobre la tierra”.

Lloraban los hombres y las mujeres que fueron asistidos por él, muchos de ellos en la epidemia de viruela que asoló a la ciudad. Lloraban los jóvenes y los niños, que en sus hogares y en la escuela oyeron hablar de un santo que nada quería para sí y que con los enfermos hacía milagros.

El albañil que ponía la placa en la casa donde murió ofreció su contribución de lágrimas el día anterior, cuando trabajaba. También a él le había salvado una hija, por lo que quiso rendirle tributo no solo por el acierto en la curación, sino por las muchas horas pasadas, e incluso noches, de Alfonso junto a la niña, ya que ésta no tomaba los medicamentos con sus padres. Con Espínola los ingería y el albañil le llevo una vieja moneda de oro que escondía. Alfonso la rechazó diciéndole: “A su hija puede hacerle alguna vez más falta”, pero intuyendo que dejaba al padre un poco humillado, a juzgar por su semblante, le dijo para conformarlo: “Bueno, deme cinco reales y estamos en paz”.

Como hemos visto, un centenar de anécdotas con igual significado se podrían narrar.

Así terminó su vida, pero no murió su fama, que sigue trascendiendo, a pesar de los años transcurridos. Un espíritu vital e inquieto, de auténtico talante democrático, que supo demostrar con sus obras la entrega en cuerpo, alma y mente a sus enfermos.

El matrimonio Espínola tenía la envergadura de los grandes estoicos. Don Alfonso por su filosofía y doña Rosalía por la más absoluta solidaridad con su marido. María y Esther, las dos hijas sobrevivientes, que fueron nobles educadoras, trabajando sin descanso, como quería su padre, recordando y agradeciendo las lecciones de austeridad que éste les dio.

Siempre le habían oído decir: “No me gustaría tener que sufrir mucho, pero a la muerte, en sí, no le tengo miedo”.

En la República Oriental del Uruguay aún permanece vivo el recuerdo de este médico que es objeto de homenajes en todos sus aniversarios, llevando varios centros educativos y sanitarios su nombre.

Sus actuaciones fueron recogidas con tal énfasis por la prensa, y tan emocionantes son los relatos de los que fueron sus pacientes, que causa admiración observar cómo la pluma de escribir se desliza cuando de elogios a un hombre desaparecido se trata.

Así hemos podido leer: “Si hubo un solo Jesús de Nazareth, un solo Francisco de Asís y un solo don Quijote de la Mancha, el doctor Espínola reunió en sorprendente trilogía a Jesús, don Quijote y Francisco de Asís.

De Jesús, una milagrosa comprensión del infinito dolor de los humildes a quienes prodigó sin tasa los tesoros de su filantropía inspirada en bondad y sabiduría. Tuvo del pobrecito de Asís, la excelsa modestia que engrandeció las obras de su corazón y los frutos de su cerebro excepcional. Y tuvo por fin del Hidalgo Manchego la noble locura del ideal, que le impidió encuadrar su vida dentro del estrecho marco de los convencionalismos y adaptaciones utilitarias, llevándolo donde se sintiera la necesidad de una palabra de aliento o de una acción salvadora del cuerpo torturado o del espíritu abatido”.

Alfonso Espínola era, como los monjes y los artistas, un peón de caminos, que hizo un largo trayecto hacia la gran puerta blanca y se detuvo siempre en lugares llenos de dificultades.

Don Alfonso Spínola, como altos en el camino, siempre escogió el pueblo más alejado y más pobre, porque en los pueblos más apartados y con más dificultades es donde se puede reflexionar mejor sobre la vida y sobre el hombre.

En un pueblo se conoce mejor al hombre y se madura mejor la mente. ¡Qué extraño camino eligió nuestro isleño médico! Seguro que buscaba la misma utilización del tiempo que hacía en aquel pueblo de Lanzarote, envuelto en arenales.

Hay una frase pronunciada por el Dr. Francisco Giampetro en el Parlamento uruguayo que resume la humanidad de Alfonso: “Espínola atendía a los ricos por obligación y a los pobres por devoción”.

Una leyenda en América del Sur, tomada de Borges, cuenta la subida por una empinada y difícil escalera a la alta Torre de Chitor, donde hay en estado de letargo un ser muy extraño, que sólo se despierta cuando el que sube a la torre es un ser evolucionado espiritualmente. Dicen que, desde lo alto de la torre se ven todas las maravillas del mundo y que aquel ser se transforma al pasar los espíritus selectos, y que entonces su piel se hace suave como la del durazno, símbolo sin duda de los sentimientos más tiernos de los humanos.

Seguro que Espínola alcanzó lo más alto de la Torre Chitor y que aquel extraño ser se despertó de su sueño y se transformó, admirado y asombrado ante un hombre tan puro y excepcional.

Este año se cumplen 171 años de su nacimiento y 111 de su muerte.

Dra. M^a Luz Fika Hernando

Profesora Titular de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria